

CONCEPTO Y LÍMITES DE LA EDAD MEDIA¹.

El concepto y el término de *Edad Media* tienen su origen en los tratados de algunos humanistas italianos de la segunda mitad del siglo XV y del siglo XVI, y quedaron definitivamente consagrados en la historiografía europea con la escuela protestante alemana del siglo XVII y, muy en particular, merced a la obra de Cristóbal Keller o *Cellarius*, titulada *Historia medii aevii a temporibus Constantini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam*, publicada en la ciudad alemana de Jena en 1688. Finalmente, fueron los pedagogos quienes a partir del siglo XVIII, y de forma mucho más significativa a lo largo de la centuria siguiente, y al compás de la introducción en los programas de enseñanza de una disciplina de historia general, impusieron de forma definitiva el concepto y el término de *Edad Media*, como resulta evidente en los manuales de Historia que se conservan de esa época. La Edad Media constituía el segundo período dentro del esquema de división tripartita de la Historia por entonces vigente, esquema que tenía su origen también en los humanistas italianos del siglo XV, y que estaba llamado a tener un gran éxito en el futuro².

1. Periodización de la Historia. El esquema tripartito.

Pese a las dudas y a las reticencias que suscita, no cabe duda de que la práctica académica e investigadora obliga a una división de la Historia en períodos. Son muchos los historiadores que se han manifestado en este sentido: Châtelet considera que la periodización de la Historia surge de la necesidad que todo historiador tiene de manejar ciertas "categorías" que le permitan

¹. Para la redacción de este capítulo se ha seguido, principalmente, el libro de Juan Ignacio RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, *Introducción al estudio de la Edad Media*. Madrid. Siglo XXI, 1984.

La bibliografía relativa a la génesis del concepto y del término de *Edad Media*, así como a la valoración que este período histórico mereció a los hombres de distintas épocas, desde los humanistas italianos hasta la actualidad, es muy extensa. Puede acudir, entre otros trabajos, a los de G. ARNALDI, "Media Aetas fra Decadenza e Renascita", en *La Cultura*, X (1972), págs. 93-114; C. BONANO, *L'Età medievale nella critica storica*. Padova. Liviana Editrice, 1966; P. DELOGU, *Periodi e contenuti del Medio Evo*. Roma. Il Ventaglio, 1988; N. EDELMAN, "The Early Uses of Medium Aevum, Moyen Âge, Middle Ages", en *The Romanic Review*, XXIX (1938), págs. 3-25; G. FALCO, *La polemica sul Medioevo*. Nápoli. Guida Editori, 1977 (1ª ed., Torino, 1933); W.K. FERGUSON, *La Renaissance dans la pensée historique*. Paris. Payot, 1950; G. GORDON, "Medium Aevum" and the Middle Ages. Oxford, 1925; J. HEERS, *La invención de la Edad Media*. Barcelona. Crítica, 1995 (interesa la primera parte, "Edad Media y Renacimiento: La magia de las palabras inventadas", págs. 21-108); G. SERGI, *La idea de Edad Media*. Barcelona. Crítica, Biblioteca de Bolsillo, 2000; L. SORRENTI, "Medio Evo: il termine e il concetto", en *Medievalia*. Brescia. Morcelliana, 1943, págs. 28-39; C. VAN DE KIEFT, "La périodisation de l'histoire du Moyen Âge", en *Les catégories de l' Histoire* (Études publiées par Ch. Perelman). Université Libre de Bruxelles, Éditions de l'Institut de Sociologie, 1969, págs. 41-56; F. VERCAUTEREN, "Le Moyen Âge", en *Les catégories de l' Histoire*, págs. 29-39.

². Pueden consultarse a este respecto, entre otros, los trabajos de O. HALECKI, *The Limits and Divisions of European History*. London-New York. Sheed and Ward, 1950; H. SPANGENBERG, "Los períodos de la Historia Universal", en *Revista de Occidente*, XXIX (1925), págs. 192-219 y XXX (1925), págs. 330-340; E.M. ZHUKOV, "The Periodization of World History", en *Rapports Xlth International Congress of Historical Sciences*. Estocolmo, 1960, vol. I, págs. 74-88.

articular el objeto de sus investigaciones y exponer coherentemente sus resultados³; Barraclough, por su parte, considera necesario descomponer el curso de la Historia en diversos períodos, y agrupar y clasificar en ellos los acontecimientos del pasado, con el fin de hacerlos inteligibles⁴; Bauer señala la necesidad de acudir a la periodificación con el fin de "iluminar la oscura trama de los fenómenos históricos, de compendiar y ordenar la madeja de las relaciones históricas"⁵; y para Ruiz de la Peña, por último, la periodización "es un concepto historiográfico fundamental que deriva de la esencia misma del suceder histórico y de su aprehensión por el historiador"⁶.

Por lo tanto, la periodización constituye una cuestión de fundamental importancia al tratar del concepto y de la metodología de la Historia. Como explican Lucien Fèbvre y Henri Berr, surge espontáneamente de la propia realidad histórica, ya que "no hay en el campo de la Historia un problema metodológico de mayor importancia que el de la periodización. No es meramente un problema exterior de arreglo y disposición por conveniencia, sino un problema básico capaz de recibir las más diversas soluciones"⁷. Para estos mismos autores, la estructuración del curso de la Historia en diversos períodos resulta absolutamente imprescindible para llegar a alcanzar una síntesis científica de los conocimientos históricos.

Consagrado el esquema de división tripartita de la Historia en el siglo XVII, desde la segunda mitad del siglo XIX surgieron las primeras críticas fundadas contra el mismo, dando origen a una viva polémica que perdura hasta nuestros días. Estas críticas provienen desde posiciones y escuelas historiográficas muy diversas, y obedecen a motivaciones también distintas. Si en unos casos derivan de la defensa de una concepción de la Historia como un "todo", en el que no cabría establecer períodos o compartimentos definidos⁸, en otros casos las críticas van dirigidas contra el eurocentrismo que subyace en dicha división, alegando que no resulta válida ni para los pueblos eslavos, ni para el Islam, ni para las civilizaciones asiáticas⁹, y que sólo de forma relativa podría ser considerada válida para una Historia Universal. En último término, como quiera que los períodos establecidos en el esquema de división tripartita de la Historia estaban fijados con

³. F. CHÂTELET, *Naissance de l'Histoire*. Paris, 1962, págs. 115 y ss.

⁴. G. BARRACLOUGH, *La Historia desde el mundo actual*. Madrid. Revista de Occidente, 1959, pág. 77.

⁵. G. BAUER, *Introducción al estudio de la Historia*. Barcelona. Bosch, 1952, págs. 154-155.

⁶. J.I. RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, *Introducción al estudio de la Edad Media*. Madrid. Siglo XXI, 1984, pág. 29.

⁷. Lucien FÈBVRE - Henri BERR, "History and Historiography", en *Encyclopaedia of Social Sciences*. New York, 1952, vol. VII, págs. 120 y ss.

⁸. B. CROCE, *La Historia como hazaña de la libertad*. México. Fondo de Cultura Económica, 1971 (en particular págs. 271 y ss.).

⁹. O. SPENGLER, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la Historia Universal*. Madrid. Espasa Calpe, 1950, vol. I, págs. 29-44.

arreglo a criterios únicamente de historia política, cuando, a raíz de su perfeccionamiento metodológico en los primeros decenios del siglo XX, la Historia amplió el campo de sus intereses -ya no limitados de forma exclusiva a los acontecimientos políticos-, diversos autores comenzaron también a cuestionar el tradicional esquema de periodización, alterando significativamente el comienzo y fin de los períodos, y hasta su carácter.

Las críticas se agudizaron a partir de mediados del siglo XX, en estrecha conexión con los progresos experimentados desde entonces por la investigación histórica¹⁰. En la revisión del esquema de división tripartita de la Historia tuvo un papel fundamental la obra de Fernand Braudel, ya clásica en la historiografía del siglo XX, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (París, 1966). En ella, Braudel mantiene un esquema de división de la Historia en tres grandes períodos, pero altera sustancialmente los espacios temporales, de forma que el segundo período o Edad Media, que en el esquema tradicional concluía a mediados del siglo XV, se extendería hasta el surgimiento de una edad capitalista o industrial, lo que no tendría lugar sino con las revoluciones burguesas del siglo XVIII. Este nuevo esquema fue asumido en buena medida por la Escuela Francesa de "Annales", de la que Braudel era ya por entonces uno de sus representantes más destacados; de este modo, si los historiadores de "Annales" admiten una división de la Historia en virtud de su utilidad académica, rechazan algunos de los límites periodológicos del tradicional esquema tripartito.

La historiografía marxista, por su parte, propuso otro modelo de división de la Historia que, como el de Braudel, es también ternario. Para los historiadores afectos al materialismo histórico el curso de la Historia se divide en tres grandes períodos, ligado cada uno de ellos a un determinado "modo de producción" -esclavista, feudal y capitalista-, lo que da lugar a tres diferentes "formaciones económico-sociales". La Edad Media quedaría englobada, así, en el segundo de los períodos -el correspondiente al "modo de producción" feudal-, que abarcaría desde las invasiones germánicas, que pusieron fin al Imperio Romano, hasta las revoluciones industrial y política del siglo XVIII, que dio paso a la modernidad capitalista, y que tuvo su precedente más inmediato en la revolución inglesa de mediados del siglo XVII¹¹.

En definitiva, uno y otro esquema, braudeliano y marxista, mantienen una división tripartita de la Historia, si bien alteran sustancialmente los hitos cronológicos admitidos hasta entonces.

Pero una vez señaladas de forma somera las revisiones más significativas que en los tiempos

¹⁰. Es muy clarificador el estudio de J.J. CARRERAS, "Categorías historiográficas y periodificación histórica", en *Once ensayos sobre la Historia*. Madrid. Fundación Juan March, 1976, págs. 51-66.

¹¹. J.J. CARRERAS, *Op. cit.*, pág. 62.

recientes se han hecho del tradicional esquema de división tripartita de la Historia, cabe plantearse, también de forma breve, qué valor y utilidad mantiene dicho esquema en el momento actual.

En primer lugar, es indudable que el esquema de división tripartita de la Historia goza aún de una indiscutible aceptación en la práctica docente e investigadora, si bien nadie defiende ya la existencia de cortes bruscos en el curso de la Historia; por el contrario, es comúnmente aceptado el criterio de introducir entre unos y otros grandes períodos históricos unas etapas intermedias que hacen las veces de lenta transición de unos a otros.

Del mismo modo, teniendo en cuenta la enorme amplitud de los campos temáticos de la Historia, resulta inevitable la existencia de periodizaciones especiales, tanto más necesarias cuanto más se reduzca el ámbito temático; en este sentido, no pueden ser idénticos los criterios de periodización utilizados, por ejemplo, por los historiadores de la economía que los utilizados por los historiadores del derecho y de las instituciones.

Por otra parte, no deben perderse de vista en ningún momento las limitaciones que para una concepción universalista de la Historia conlleva la utilización de un esquema de periodización establecido con criterios eminentemente eurocéntricos.

En cualquier caso hace ya bastantes decenios, y desde una posición eminentemente práctica, Lucien Fèbvre y Henri Berr coincidieron en señalar que no existía ninguna necesidad de modificar viejos conceptos que, como los de Antigüedad, Edad Media y Tiempos Modernos, estaban todavía en uso, y que debido a su utilización durante largo tiempo en los estudios y en los programas de Historia habían adquirido un indiscutible valor práctico¹². Por otra parte, el tradicional esquema tripartito es también aplicable al mundo extraeuropeo, siempre y cuando al estudiar universalmente la historia de pueblos no europeos se tenga en cuenta la distinta significación que dos hechos simultáneos pueden tener en distintas civilizaciones¹³.

En definitiva, y siguiendo a Vercauteren, cabe afirmar que el tradicional esquema de división tripartita de la Historia conserva en la actualidad toda su vigencia, al menos por cuanto se refiere al ámbito cultural del Occidente europeo¹⁴. En este mismo sentido se expresa Juan José Carreras cuando dice que "las modernas categorías historiográficas han alumbrado nuevos niveles, salvando cesuras que se creían insuperables. Pero en el nuevo universo histórico los términos

¹² L. Fèbvre - H. BERR, *Op. cit.*

¹³ Santiago MONTERO DÍAZ, *Introducción al estudio de la Edad Media*. Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1948, pág. 94. Teniendo en cuenta estos postulados, el profesor Montero Díaz estableció unas correspondencias entre la Edad Media de la Europa occidental y de otras entidades históricas.

antiguo, medieval y moderno siguen conservando su valor referente. En cierto sentido, aunque no en el suyo, tendría razón Croce cuando afirmaba que la división en tres edades es constitutiva de la historia europea"¹⁵.

2. La periodización de la Historia Medieval.

Como señala E. Perroy en el capítulo introductorio al tercer volumen de la *Historia General de las Civilizaciones*, dedicado a la Edad Media, es éste uno de los periodos históricos que cuenta con unos límites temporales mejor definidos¹⁶. En términos relativos, cabe señalar que la Edad Media es el período que se extiende entre el final del Mundo Antiguo y el Renacimiento. Sin embargo, por lo que respecta a su cronología absoluta no existe unanimidad de criterio en los historiadores al valorar los acontecimientos que marcarían el paso de una época a otra. En realidad, cualquier hito que se señale es criticable, por mucho fundamento que tenga.

Desde los humanistas italianos de los siglos XV y XVI, los límites temporales de la Edad Media se fijaron en el fin del Imperio Romano de Occidente, el inicial, y en la caída de Constantinopla en poder de los turcos otomanos, el final; en definitiva, los límites de la Edad Media coincidirían, a grandes rasgos, con la existencia del Imperio de Bizancio. Con posterioridad, la escuela historiográfica alemana del siglo XVII mantuvo estos criterios cronológicos, de forma que Cristóbal Keller, quien centraba la Historia alrededor del Imperio Romano, en su *Historia medii aevii a temporibus Constantini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam* (1688), fijó el límite inicial de la Edad Media en la división del Imperio por Constantino, y el final en la conquista de Constantinopla por los turcos.

La historiografía política posterior a Keller aceptó sin mayores reservas el límite final de la Edad Media, pero no el inicial que fijó en las invasiones germánicas, al considerarlas la auténtica causa de la ruptura con el Mundo Antiguo y el origen de los reinos germánicos que darían lugar a la mayor parte de las naciones europeas; la fecha que tuvo más éxito fue la del 476, cuando el caudillo de los hérulos Odoacro depuso al último de los emperadores romanos, Rómulo Augústulo, y envió las insignias imperiales a Oriente en señal de sumisión¹⁷. Pese a que más

¹⁴. F. VERCAUTEREN, "Le Moyen Âge", en *Les catégories de l'Histoire*, pág. 30.

¹⁵. Juan José CARRERAS ARES, *Razón de Historia. Estudios de historiografía*. Madrid. Marcial Pons, 2000, págs. 97-98.

¹⁶. E. PERROY (con la colaboración de J. Auboyer, C. Cahen, G. Duby y M. Mollat), *La Edad Media. La expansión del Oriente y el nacimiento de la civilización occidental*, tomo III de la *Historia General de las Civilizaciones*, dirigida por M. GROUZET. Barcelona. Ediciones Destino, 1983 (6ª ed. española), pág. 7.

¹⁷. Otros autores consideran fechas más significativas en el fin de la Antigüedad, entre otras, el año 313, cuando el emperador Constantino promulgó el edicto de Milán que, con la legalización del cristianismo, iba a dar inicio a un proceso de transformación profunda en la mentalidad y en la cultura del Imperio; o el año 395, cuando Teodosio procedió a la división definitiva del Imperio.

tarde algunos historiadores negaran la existencia de una ruptura entre el Mundo Antiguo y el posterior a las invasiones germánicas, defendiendo la existencia de una continuidad entre la civilización romana del Bajo Imperio y la del Occidente europeo de los siglos V y VI y negando, en consecuencia, la teoría catastrofista, ello no les llevó a alterar el límite inicial de la Edad Media, que seguían fijando en las invasiones germánicas al considerarlas el inicio de las naciones europeas actuales.

En los primeros decenios del siglo XX el historiador belga Henri Pirenne comenzó a dar cuerpo a una nueva teoría en relación con el inicio de la Edad Media, que quedó plasmada en su obra póstuma *Mahomet et Charlemagne* (Bruselas, 1937), y que supone una reelaboración de la teoría catastrofista. Para Pirenne, el inicio de la Edad Media habría de fijarse a fines del siglo VII (entre la toma de Damasco por el califa Omar, en el 635, y la derrota de los musulmanes en la batalla de Poitiers a manos de los francos, en el 732), coincidiendo con la expansión musulmana por el Mediterráneo; según la tesis de Pirenne, en el momento en el que el Islam se apodera del norte de África, se produce una profunda fractura en la hasta entonces unitaria economía de las tierras que habían formado parte del Imperio Romano y desaparece el tráfico mercantil en el Mediterráneo, lo que dio lugar a una transformación definitiva en la organización económica del Mundo Antiguo. Frente a las razones políticas y culturales, que hasta entonces habían primado en la fijación del comienzo de la Edad Media, Pirenne, interesado de forma muy particular en el estudio del comercio y de la circulación monetaria, hace hincapié en causas económicas, lo que no es sino una consecuencia más del auge que por entonces estaba cobrando la historia económica.

La tesis de Pirenne ha sido objeto de un amplio debate historiográfico, si bien tanto los que la defienden como los que la critican coinciden en señalar como acertada la descripción que el historiador belga hace de la Europa de fines del siglo VII y de comienzos del VIII: ruralización de la sociedad como consecuencia de la huida de la población de las ciudades al campo, lo que da lugar a la desaparición de artesanos y mercaderes, y enrarecimiento del comercio. Pero si no existen discrepancias en relación con esta descripción de la Europa de fines del siglo VII, la cuestión de fondo consiste en determinar si estas circunstancias son una prolongación de un fenómeno que ya se daba en la Antigüedad tardía o si, por el contrario, surgen de forma brusca en el momento señalado por Pirenne; la cuestión no es nimia, ya que dichas circunstancias son, en definitiva, las que establecen la separación entre la Antigüedad y la Edad Media. En el momento actual la mayor parte de los medievalistas se decantan por la existencia de una

continuidad entre el Mundo Antiguo y el Medieval, tanto en lo que respecta a la economía y la sociedad como en lo que atañe al derecho, a la cultura y a la espiritualidad; por lo tanto, se niega que tuviera lugar una ruptura brusca entre una y otra etapas históricas, y se insiste en que las características que Pirenne señalaba para la sociedad europea del siglo VIII ya pueden observarse, si bien atenuadas, en el Bajo Imperio Romano.

La negación de la existencia de rupturas bruscas entre unos y otros períodos históricos - criterio aceptado hoy en día de forma unánime entre los historiadores de las más diversas tendencias-, convierte en intento vano la fijación en un momento concreto y determinado de sus términos inicial y final; por el contrario, nadie pone en duda que los comienzos y los finales de las distintas etapas históricas consisten en unos períodos de transición, más o menos extensos. En este sentido, ningún inconveniente habría en aceptar que la Edad Media, propiamente dicha, tiene su inicio en el siglo VIII, que es el momento en el que los cambios señalados por Pirenne para la economía y la sociedad europeas son ya perfectamente nítidos, aun cuando no debe perderse de vista que desde el siglo IV se observan ya manifestaciones evidentes de esa nueva realidad. En definitiva, cabría hablar de un período de transición entre la Antigüedad y el Medieval, al que se ha definido de muy diversas formas: Antigüedad Tardía, Post Antigüedad, Primera Edad Media, Muy Alta Edad Media, etc. La historiografía marxista se ha referido también a esta cuestión, denominando a este período intermedio entre la Antigüedad y el Medieval como la *transición del esclavismo al feudalismo*¹⁸, señalando como rasgos dominantes del mismo el predominio de la aristocracia como nuevo grupo dirigente, y la difusión de los vínculos de dependencia como sistema de articulación social.

Los problemas son muy similares por lo que respecta al término final de la Edad Media. Así, la referencia más común a la hora de marcar el fin del Medieval es el año 1453, cuando el sultán turco Mahomet II conquistó Constantinopla. Pero otros autores, utilizando criterios diferentes a los de la historia política destacan otros diferentes acontecimientos: la invención de la imprenta por Gutenberg, en 1455; el descubrimiento de América, en 1492; o la publicación en Wittenberg de las 95 tesis de Martín Lutero, en 1517. En cualquier caso, y pese a la enorme relevancia de todos estos acontecimientos, se trata de fechas aleatorias, y que son destacadas por los distintos autores en función de sus respectivos campos de interés. Así, si para quienes se interesan por la historia política la Edad Media concluiría con la constitución del estado nacional con las características propias que manifiesta en la Modernidad, los historiadores de la economía prestan

¹⁸. Así, entre otros, Perry ANDERSON, *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*. Madrid. Siglo XXI, 1979.

más atención al resurgimiento del gran comercio internacional, los de la religión a la crisis de la Cristiandad occidental, y los de la cultura a la génesis del humanismo italiano; realidades todas ellas que tienen lugar a lo largo de los siglos XIV y XV, centurias estas que constituirían una especie de etapa de acomodo de las realidades medievales a la Modernidad. Porque tampoco en este caso parece razonable aceptar la existencia de un corte brusco o de una fractura violenta entre la Edad Media y la Modernidad, imponiéndose también la idea de una etapa de transición, que algunos autores llevan hasta el siglo XVI, hasta que se produce la ruptura de Europa entre Catolicismo y Protestantismo, o hasta el momento en el que tiene lugar el afianzamiento de las relaciones mercantiles entre Europa y América. Para la historiografía marxista este período de tránsito vendría marcado por la *transición del feudalismo al capitalismo*, como planteó hace ya varios decenios M. Dobb¹⁹; la Edad Media se prolongaría hasta las revoluciones burguesas del siglo XVIII, con su precedente en la revolución inglesa de mediados del siglo XVII, que supondrían el fin del "modo de producción" feudal y su sustitución por el "modo de producción" capitalista. También Fernand Braudel propuso retrasar el fin de la Edad Media hasta las revoluciones burguesas del siglo XVIII, aunque desde unos presupuestos diferentes a los del materialismo histórico. La cuestión fue tratada más recientemente en el llamado *Debate Brenner*, ofreciendo una perspectiva innovadora²⁰. Otros autores, por el contrario, proponen adelantar el fin del Medievo en dos siglos con respecto a las fechas tradicionalmente aceptadas, de forma que consideran los siglos XIV y XV como una "Modernidad temprana" o un "Alto Renacimiento"²¹.

No obstante, y pese a las críticas que suscita, lo habitual es que, a efectos académicos, el límite final de la Edad Media se fije en la segunda mitad del siglo XV, lo que es aceptado por la mayor parte de los historiadores. Quizá lo más acertado sea admitir la existencia de una etapa de transición entre la Edad Media y la Modernidad, que se extendería entre mediados del siglo XV y mediados del XVI²².

Aceptado este marco cronológico general, la Edad Media se extendería desde el siglo V hasta la segunda mitad del siglo XV, es decir a lo largo de más de mil años de historia. Se trata, por lo tanto, de un período extensísimo de tiempo que, de ninguna manera, constituye una unidad en la que todo permaneciera inalterable; así, pues, se han establecido ciertas periodizaciones internas,

¹⁹. M.H. DOBB, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Madrid, 1971 (1ª ed. en inglés de 1945).

²⁰. R. BRENNER, *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*. T.H. Ashton y C.H.E. Philpin (eds.). Barcelona, 1988.

²¹. Es el caso de H.A. MISKIMIN en su trabajo titulado *La economía de Europa en el Alto Renacimiento (1300-1460)*. Madrid. Cátedra, 1980.

²². En este sentido se manifiestan, entre otros autores, L. GENICOT, *El espíritu de la Edad Media*, págs. 18-20; F.

en las que se manifiestan las alteraciones que surgieron con el paso de los siglos. En general, la historiografía medievalista señala la existencia de tres grandes períodos dentro de la Edad Media: la Alta Edad Media, entre los siglos V y X; la Plena Edad Media o Edad Media Clásica, entre los siglos XI y XIII; y la Baja Edad Media, que se desarrollaría a lo largo de los siglos XIV y XV.

Pese a que esta periodización interna del Medievo es también discutible, no cabe duda de que permite la construcción de un discurso histórico coherente sobre los tiempos medievales, ya que se acomoda bien a los criterios que de forma habitual utilizan los historiadores para analizar el pasado.

3. Periodización interna y caracterización del Medievo.

En este apartado se analizan las características generales de los distintos períodos en los que se estructura la Edad Media.

La **Alta Edad Media** consiste en el período más extenso cronológicamente, y es habitual su subdivisión en dos períodos definidos, que corresponderían a la Antigüedad Tardía o Temprana Edad Media y a la Alta Edad Media propiamente dicha. Siguiendo el criterio comúnmente admitido en la actual historiografía medievalista, que niega la antigua idea de una ruptura brusca entre la Antigüedad y el Medievo como consecuencia de las invasiones germánicas y que, por el contrario, afirma la existencia de un período de lento tránsito entre una y otra edades históricas, el término inicial o *a quo* de la Edad Media debe situarse en un período que iría desde fines del siglo III a fines del siglo V, coincidiendo con el proceso de crisis política del Imperio Romano. Teniendo en cuenta que en este proceso de crisis intervienen no sólo factores de índole política, sino también de naturaleza económica, social y cultural, todas las escuelas historiográficas coinciden en el momento actual en señalar a este período de dos siglos como el punto de arranque de la Edad Media.

Así, en tanto que para la historiografía marxista la crisis del Imperio Romano supone también la crisis del "modo de producción" esclavista y su sustitución por el "modo de producción" feudal, para un numeroso grupo de historiadores no afectos al materialismo histórico la civilización medieval se iniciaría en el momento en el que entran en contacto Roma, los pueblos germánicos y el cristianismo, que serían los elementos auténticamente protagonistas del primer Medievo europeo²³.

VERCAUTEREN, "Le Moyen Âge", pág. 38; y J. HEERS, *Historia de la Edad Media* (Barcelona. Labor, 1976, pág. 7).

²³. Léopold GENICOT, *El espíritu de la Edad Media*. Barcelona. Noguer, 1963, pág. 18.

En definitiva, con la crisis del Imperio Romano se iniciaría un período de tránsito entre la Antigüedad y el Medioevo, que se extendería a lo largo de los siglos V al VII²⁴. A lo largo de este período se asiste al paulatino declive del Imperio Romano, a la invasión de la parte occidental del Imperio por los pueblos germánicos, con el consiguiente reparto territorial, y a la lenta individualización de los protagonistas de este reparto. Con la progresiva fusión de los elementos romano y germano surgió una nueva sociedad, que puso las bases de la nueva civilización europea; es, en definitiva, una época de cambios y de reajustes, que se manifiestan en las importantes transformaciones sociales y económicas que tuvieron lugar tras la llegada de los invasores germanos, y en las nuevas formas político-jurídicas que surgieron en los reinos formados tras la desaparición del Imperio de Occidente. Al mismo tiempo, la Iglesia cristiana comenzó a ejercer un papel cada vez más importante en la dirección de la sociedad, en particular tras la conversión al cristianismo (o al catolicismo en el caso de los visigodos arrianos) de los príncipes de los reinos más importantes. En último término, es también un período marcado por el retroceso de la cultura laica, de forma que la producción intelectual se convierte en patrimonio eclesiástico.

Simultáneamente, el fracaso de los intentos de reconstrucción unitaria del Imperio protagonizados por los emperadores bizantinos, y el proceso de occidentalización de la Iglesia, dieron lugar a un paulatino, pero irreversible, proceso de distanciamiento entre Bizancio y Occidente.

El segundo período dentro de la Alta Edad Media lo constituyen los siglos VII a X²⁵. Es ahora cuando tiene lugar el segundo y definitivo reparto del Mediterráneo, como consecuencia de la irrupción en la Historia de un nuevo protagonista, el Islam, que desde la península Arábiga se extendió territorialmente, en un muy breve espacio de tiempo, por el Próximo Oriente, el Asia central, norte de África y la península Ibérica en los siglos VII y VIII; posteriormente, desde

²⁴. El tema de la transición del mundo antiguo al medieval ha sido objeto de una particular atención historiográfica, de la que es una buena muestra el volumen IX de las "Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo", publicado en Spoleto en 1962, y que lleva por título *Il passaggio dall'Antichità al Medioevo in Occidente*; en este volumen se analiza la transición de la Antigüedad al Medioevo tanto desde un punto de vista propiamente conceptual, como desde los más diversos aspectos político, jurídico-institucional, social, económico, religioso y cultural.

Desde la óptica del materialismo histórico, son de gran interés el libro colectivo titulado *La transición del esclavismo al feudalismo* (Madrid. Akal, 1975), en el que se recogen colaboraciones de M. Bloch, M.J. Finley, E.V. Gutnova, S.I. Kovaliov, A.M. Prieto Arciniega, S. Mazzarino, E.M. Staerman, Z.V. Udaltsova y M. Weber, y la obra de Perry ANDERSON, *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo* (Madrid. Siglo XXI, 1979).

²⁵. Si para Oriente este período se iniciaría a comienzos del siglo VII, con el ascenso al poder de la dinastía Heráclida en Bizancio (610-717) y con el surgimiento del Islam, para Occidente es a partir de comienzos del siglo VIII cuando comienzan a observarse cambios significativos en las estructuras sociales, económicas y políticas tras la llegada y definitivo asentamiento de los pueblos germánicos.

comienzos del siglo X se asiste a la fragmentación del mundo islámico, lo que obedece tanto a sus enormes dimensiones geográficas como a su incapacidad para dar un contenido homogéneo a las tierras dominadas, lo que conllevó su particularización y la paulatina pérdida de fuerza en el Mediterráneo. El nacimiento de la civilización islámica tuvo una enorme importancia en las más diversas facetas social, económica, religiosa y cultural.

La reacción frente al peligro islámico dio lugar, a su vez, a la aparición de nuevas formaciones políticas, que tenían como finalidad principal la concentración del poder: son la dinastía Isáurica en Bizancio (717-802), y el Imperio Carolingio en Occidente (coronación imperial de Carlomagno en la Navidad del año 800). Ya se ha hecho referencia más arriba a la tesis formulada por Henri Pirenne en el sentido de que fueron los musulmanes, y no las invasiones germánicas, quienes provocaron la ruptura de la unidad del mundo mediterráneo, y con ello el fin de la Antigüedad²⁶; según el gran historiador belga, al ocupar en el siglo VII la costa meridional mediterránea, los musulmanes obligaron al mundo cristiano occidental a orientarse hacia el norte, imponiendo a la civilización europea el carácter eminentemente continental que en adelante la caracterizará, frente a la tradicional proyección mediterránea y marítima de la Antigüedad.

El período que se extiende entre los siglos VIII al X (desde el siglo VII para el Próximo Oriente) es, así pues, el que se ha denominado, propiamente, Alta Edad Media. En una conocida síntesis acerca de la Historia Antigua y Medieval Universal, el profesor Suárez Fernández dio a esta etapa histórica el significativo título de "Los grandes Imperios"²⁷, teniendo en cuenta que a fines del siglo VIII aparecen ya definitivamente configuradas las tres grandes unidades políticas que caracterizan a la Alta Edad Media: el Califato abasí musulmán, el Imperio bizantino y el Imperio carolingio. A lo largo de estas centurias, el impacto de la expansión musulmana, en primera instancia, y las llamadas "segundas invasiones", más tarde, provocaron sucesivos repliegues del mundo europeo, cuyo centro de gravedad se desplazó, como indicaba más arriba, desde el Mediterráneo hacia el interior del continente. Frente a las presiones externas y a la amenaza de disgregación interna surgieron dos grandes formaciones políticas de tendencia universalista: los Imperios carolingio y otónida.

Sin embargo, el Imperio carolingio se desintegró muy pronto, lo que obedece tanto a causas

²⁶. Algunos autores defienden todavía en fechas relativamente recientes la vigencia de la tesis de Pirenne. Entre ellos puede hacerse referencia a Franz George MAIER quien, en su libro titulado *Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII* (Madrid. Siglo XXI, 1972), analiza de forma magistral el período de tránsito entre la Antigüedad y el Medioevo, período que delimita con dos figuras históricas harto significativas: el emperador Constantino y Carlomagno.

internas -la concepción patrimonialista del reino, que llevó a la división de las tierras del Imperio (tratado de Verdún, 843)- como externas -son las llamadas "segundas invasiones", protagonizadas por pueblos nórdicos (vikings) y centro-orientales (magiares)-, que dieron lugar a cambios en la configuración política europea.

El mundo bizantino, por su parte, tras conocer un proceso de diversificación interna como consecuencia de la incorporación de los pueblos eslavos a su ámbito cultural, conoció entre mediados de los siglos X y XI, con la dinastía Macedónica (867-1056), una segunda "edad de Oro". Simultáneamente comenzaron a manifestarse profundas desavenencias entre las Iglesias de Oriente y Occidente, que provocarían la definitiva escisión de las Cristiandades latina y griega a mediados del siglo XI.

Es también en este período cuando se desarrolla el sistema feudal -en sus diversas dimensiones social, económica, institucional o política-, que constituirá uno de los elementos auténticamente configuradores de la civilización medieval europea.

Desde el punto de vista político, se comprueba la pervivencia de las estructuras de poder del Imperio Romano, que tuvieron una continuidad prácticamente directa en cuanto a las monarquías germánicas, y unos rasgos ya más evolucionados en el caso del Imperio carolingio.

Por lo que respecta a la economía, este período se caracteriza por una marcada debilidad; a la crisis y la regresión consiguiente de la época de las invasiones, siguió una fase de estancamiento que sólo comenzó a ser superada muy lentamente desde comienzos del siglo IX. La agricultura continuó siendo la principal fuente de actividad del hombre altomedieval, seguida muy de lejos por las actividades artesanales y mercantiles. A lo largo de este período toda la actividad económica aparece enmarcada en el señorío, y se orienta de forma casi absoluta a la autosubsistencia.

El papel desempeñado por la Iglesia en este momento merece una atención especial, tanto en lo que respecta a las relaciones entre el Pontificado y los poderes temporales, como a la expansión del cristianismo hacia el norte y este de Europa.

Por último, las manifestaciones culturales dan muestra de una voluntad de perpetuación del clasicismo, si bien los signos de desgaste resultan evidentes. Con el epígono de la cultura clásica convive una incipiente cultura prerrománica, ambas protagonizadas por eclesiásticos, siendo de destacar el primer intento de relanzamiento cultural que constituye el llamado "Renacimiento carolingio".

²⁷. Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Edades Antigua y Media*. Madrid. Espasa Calpe, 1958.

Desde mediados del siglo X se vislumbran algunos indicios que anuncian el comienzo de una nueva fase en la historia del Occidente cristiano, fase en la que tendrá lugar el auténtico nacimiento de Europa. Este nuevo período que apunta es el conocido como **Plena Edad Media** o **Edad Media Clásica**.

El nombre de "Plena Edad Media" con que se conoce al período comprendido entre los siglos XI al XIII quiere señalar, ante todo, que la mayor parte de los conceptos, de las imágenes y de los tópicos que se han formado sobre la sociedad, la cultura o el espíritu de la Edad Media surgieron a partir de realidades propias de este período. Es entonces cuando se consolidaron las incipientes naciones europeas, y cuando el equilibrio entre las tres grandes áreas de civilización, bizantina, islámica y occidental, se rompió definitivamente en beneficio de esta última. En tanto que Bizancio y el Islam quedaron estancados, o incluso entraron en una fase de repliegue, Europa conoció un extraordinario proceso de expansión, que se manifestó tanto en el plano político y militar como en el económico, social o cultural.

Desde el punto de vista político, la Plena Edad Media viene marcada por el enfrentamiento entre el Pontificado y el Imperio por el *dominium mundi*, es decir por la supremacía universal. Surgen también ahora las llamadas monarquías feudales, nueva forma de articular el poder político siguiendo el ejemplo de la Francia de los Capeto y de la Inglaterra de los Anjou; son la primera manifestación de unas monarquías auténticamente nacionales, en las que se reglamenta la participación política de los tres órdenes o estamentos sociales -nobleza, clero y representantes de las ciudades- a través de las Cortes o Parlamentos.

En la península Ibérica los siglos de la Plenitud medieval fueron también decisivos, ya que en ellos los reinos cristianos tomaron definitivamente la iniciativa en sus relaciones con al-Andalus, pese a los intentos de reacción protagonizados por almorávides y almohades. A mediados del siglo XIII, y tras los grandes avances de Fernando III y Jaime I, el Islam español quedó prácticamente reducido al reino nazarí de Granada.

En la Europa centro-oriental se asiste a la paulatina consolidación de diversas nacionalidades, entre las que sobresalen las de búlgaros, polacos y bohemios, el reino de Hungría y los principados rusos de Novgorod y Kiev.

Por otra parte, el siglo XI conoció la consolidación del llamado "feudalismo clásico"²⁸, como resultado del desarrollo de las instituciones feudo-vasalláticas surgidas en época carolingia; este sistema mantuvo toda su vigencia hasta el triunfo de unas nuevas concepciones jurídico-públicas,

²⁸. Según la denominación de L. GANSHOF, *El feudalismo*. Barcelona. Ariel, 1963, págs. 91 y ss.

que permitirían el afianzamiento del autoritarismo monárquico.

En el terreno económico, la Plena Edad Media se caracteriza por un crecimiento generalizado en los más diversos órdenes, propiciado por una considerable expansión demográfica, hasta alcanzar la plenitud en el siglo XIII. Si la agricultura experimentó un considerable desarrollo, como consecuencia de la aplicación de nuevas y renovadoras técnicas de cultivo, así como por el perfeccionamiento del utillaje agrícola, el fin de los peligros exteriores y el relativo afianzamiento de la situación interior posibilitaron a partir del siglo XI una reactivación del comercio, lo que posibilitó que Europa comenzara a salir lentamente de la autarquía que había caracterizado su economía a lo largo de la Alta Edad Media. Este fenómeno estuvo ligado a transformaciones de fondo, como son el renacimiento de la vida urbana y el surgimiento de un nuevo grupo social, la burguesía, lo que supuso la ruptura del viejo orden trinitario –*oratores* (clérigos), *bellatores* (guerreros) y *laboratores* (campesinos)- según el que, idealmente, se organizaba la sociedad medieval hasta ese momento.

La Plena Edad Media es también la época de auténtico esplendor de la Iglesia y del Pontificado, y cuando se produce la reforma monástica protagonizada por Cluny y el Císter, que revitalizó la vida eclesiástica y la espiritualidad del Occidente europeo. El impulso de la Cristiandad en estos siglos tiene también una de sus más patentes manifestaciones en el fenómeno de las Cruzadas.

En el terreno cultural, tuvo lugar entonces una nueva eclosión, cuya manifestación más palpable es el llamado "Renacimiento del siglo XII". Por otra parte, de las escuelas catedralicias derivaron las Universidades –creación propiamente medieval, en íntima relación con el movimiento corporativo-, en las que la transmisión del conocimiento se sustentó en la escolástica. El progresivo desarrollo de una cultura urbana, una de las consecuencias del renacimiento de las ciudades, abrió nuevas posibilidades a la creación cultural. Desde el punto de vista del arte, el románico y el gótico son dos magníficas expresiones de una estética que fija su objetivo en la alabanza a Dios.

En definitiva, la Plena Edad Media se caracteriza por una expansión europea en los más diversos planos, que alcanzó sus cotas más elevadas en los siglos XII y XIII, y en cuya base se encuentra, entre otros diversos factores, el considerable crecimiento demográfico que conoció el Occidente europeo entre comienzos del siglo XI y mediados del XIV.

En el mundo islámico, la "época de los tres Califatos" (abasí de Bagdad, fatimí de Egipto y omeya de Córdoba) está marcada por la fragmentación política y por el empuje que sobre el

Próximo Oriente comenzaron a ejercer diversos pueblos centroasiáticos -turcos seldyúcidas y mongoles-, que estaban llamados a desempeñar en el futuro un papel histórico de primera importancia.

Bizancio, por su parte, debió hacer frente a las continuas amenazas de que era objeto por parte de varegos (vikingos suecos), turcos y cruzados, manifestándose como insuficientes los esfuerzos protagonizados por los Comnenos, que dirigieron los destinos del Imperio entre 1081 y 1185.

Finalmente, el tercer gran período corresponde a la **Baja Edad Media**. Frente al equilibrio y al desarrollo generalizado que caracteriza la etapa anterior, la Baja Edad Media es considerada como la época de crisis de la sociedad medieval en sus más variados aspectos -demográfico, social, económico, político, cultural y espiritual-, por lo que no es extraño que para referirse a los dos siglos finales del Medievo se utilicen con frecuencia expresiones tales como "los tiempos difíciles" o "los siglos críticos"; es una crisis profunda que pone fin a la expansión anterior.

Los primeros síntomas de la crisis bajomedieval se dejan sentir ya en los últimos decenios del siglo XIII, agudizándose a partir de mediados de la siguiente centuria. La crisis demográfica, consecuencia de la acción combinada de las hambres, las pestes y las guerras, dio lugar a los primeros desajustes económicos, que se manifiestan en el retroceso de los cultivos y en el abandono de campos, aldeas y villas. A ello vino a unirse la situación de conflictividad bélica y social²⁹, la ruptura de las estructuras políticas y el cambio de mentalidad en la sociedad. No obstante, esta crisis generalizada presenta importantes diferencias regionales, por lo que su auténtico alcance es, todavía hoy, objeto de debate entre los especialistas.

Por lo que respecta a la política, concluido el enfrentamiento entre el Pontificado y el Imperio por la supremacía universal, las monarquías nacionales tienden a la configuración de un poder soberano y de unas administraciones centrales más desarrolladas, sentando el precedente de los estados modernos autoritarios.

Francia e Inglaterra salieron fortalecidas en sus instituciones de gobierno central de la Guerra de los Cien Años (1339-1453), que marca en buena medida la historia político-militar de la Europa occidental en la Baja Edad Media; algo parecido sucede con España, en particular tras la unión de las coronas de Castilla y Aragón con ocasión del matrimonio de los Reyes Católicos (1469). Estas tres naciones se convirtieron a lo largo del siglo XV en los tres poderosos estados

²⁹. Los estudios más completos acerca de la conflictividad social en la Europa bajomedieval son, probablemente, los de Michel MOLLAT y Philippe WOLFF, *Uñas azules, Jacques y Ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV*. Madrid. Siglo XXI, 1976, y Gui FOURQUIN, *Los levantamientos populares en la Edad Media*. Madrid. Edaf, 1976.

que protagonizarían la vida política de la Europa Moderna. En el Imperio se consolidó la casa de Habsburgo, también llamada a desempeñar un destacado protagonismo en la Modernidad, en tanto que en la Italia del norte se configuraron las ciudades-estado renacentistas.

Desde el punto de vista social, la Baja Edad Media está marcada por la crisis del feudalismo, si bien el régimen señorial se perpetuó hasta el siglo XVIII. En tanto que en la Europa occidental la situación evolucionó hacia una progresiva libertad en los regímenes de servidumbre, en la Europa oriental se produjo el fenómeno contrario, dando lugar a una segunda servidumbre que se prolongaría hasta los tiempos modernos. Al mismo tiempo, la mayor abundancia de documentación disponible para los siglos medievales, en relación con los tiempos pasados, permite un conocimiento más exacto acerca de las realidades sociales más próximas al individuo, como la familia, las distintas etapas del ciclo de la vida, o las múltiples facetas de la vida cotidiana.

A lo largo del siglo XV, en particular desde mediados de esta centuria, se asiste a la recuperación de la civilización europea, de forma que la economía del Alto Renacimiento conoció el desarrollo de la banca y de otras diversas técnicas financieras, que constituyen el germen de la economía capitalista, así como un considerable incremento de las actividades profesionales e industriales urbanas y la apertura de nuevas rutas comerciales. En definitiva la vida urbana, en sus múltiples manifestaciones, ostentó el auténtico protagonismo de la historia europea de fines de la Edad Media.

En el terreno cultural, aunque la Iglesia conservó un papel importante a lo largo de toda la Edad Media, el desarrollo del mundo ciudadano y el impulso dado por los príncipes en sus cortes a las distintas manifestaciones culturales dieron lugar a una paulatina secularización de la cultura, que constituye el fundamento de la cultura humanística. Simultáneamente las lenguas nacionales, después de ser reconocidas por las cancillerías regias como lenguas oficiales, comenzaron a competir con el latín como lenguas de cultura.

Por último, en cuanto a la religiosidad, tiene lugar en los Países Bajos y en otras áreas de la Europa central el desarrollo de unas nuevas manifestaciones de expresión religiosa y mística, más individual e intimista que, en cierto modo, anuncian ya la Reforma; es lo que se conoce como la *devotio moderna*.

En definitiva, en los siglos XIV y XV se asiste al surgimiento de un mundo diferente al de época plenomedieval, y en el que en muchas de sus manifestaciones pueden encontrarse ya los gérmenes del mundo moderno. Por lo tanto, la Baja Edad Media se configura para el Occidente

Europeo como un período de transición a la Modernidad.

Entre tanto, en el mundo islámico desaparecían de forma definitiva los últimos restos del poder abasí, reducido en su etapa final a Egipto, al tiempo que se afirmaba con fuerza inusitada el Imperio Otomano que, tras poner fin al Imperio Bizantino con la toma de Constantinopla en 1453, daría inicio a una nueva época en el Mediterráneo oriental y constituiría una seria amenaza para Europa a lo largo del siglo XVI.

Ya se ha hecho referencia anteriormente a la cuestión del término final de la Edad Media y a las diferentes opiniones al respecto. La conclusión de la Edad Media puede situarse en torno al año 1500, momento en el que, en líneas generales, ha tenido ya lugar en el Occidente europeo un cambio de mentalidad y una renovación en las formas y géneros de vida. En cualquier caso, lo más acertado parece, sin duda, no desquiciar un problema cuya solución más apropiada consiste en la confluencia de medievalistas y modernistas en el estudio de una etapa histórica que interesa a unos y a otros. En este sentido, diversos autores han planteado el estudio unitario del período cronológico que se extiende entre los siglos XIV y XVI³⁰.

4. El marco espacial.

Anteriormente se hacía referencia a que la periodificación de la Edad Media se ha hecho, con frecuencia, desde una perspectiva eurocéntrica, lo que, en principio, la privaría de una validez universal. Sin embargo, el concepto y el término de "Edad Media" son también aplicables a los mundos bizantino e islámico: al mundo bizantino porque si, como se señalaba en otro lugar, la Edad Media es el resultado de la fusión de los elementos romano, germano y cristiano, no es razonable excluir a Bizancio del mundo europeo; y al mundo islámico porque a lo largo de toda la Edad Media el Islam estuvo en contacto permanente con Occidente y con Bizancio. El mayor problema se plantea en relación con las civilizaciones del Extremo Oriente y del África subsahariana, ya que los contactos de Europa con estas culturas fueron muy escasos durante todo el Medievo. Pese a todo, también estas civilizaciones pueden participar, en cierto modo, del concepto de "Edad Media", si bien no perdiendo en ningún momento la perspectiva de su especificidad histórica, lo que implicaría disponer de una periodificación propia. En este sentido, el profesor Montero Díaz señaló hace ya unos decenios que el comienzo y el fin de la Edad Media en Occidente coincide, a grandes rasgos, con los de los otros grandes espacios de la

³⁰. Entre otros autores, Rugiero ROMANO y Alberto TENENTI en *Los fundamentos del mundo moderno. Edad Media tardía, Renacimiento, Reforma* (Madrid. Siglo XXI, 1971), llevan a cabo el estudio, de forma conjunta, de la historia económica, social, política y cultural de Europa desde mediados del siglo XIV hasta mediados del XVI.

geografía universal, pese a que el significado de Medieval sea muy diferente para una y otras áreas³¹.

Por lo que se refiere a **Occidente**, es preciso delimitar los distintos espacios geográficos que lo integran, con el fin de facilitar el estudio de su pasado histórico sin renunciar a una visión de conjunto de Europa. A este fin, deben ser tenidas en cuenta las diferentes regiones naturales, así como las numerosas unidades del paisaje que conforman el continente europeo: a grandes rasgos, las penínsulas mediterráneas (Ibérica, Itálica y Balcánica), el arco alpino y las cadenas montañosas adheridas a él (Pirineos, Balcanes), la gran llanura central europea con su prolongación en las islas Británicas, y Escandinavia.

El historiador ha de interesarse por la acción humana sobre estos grandes espacios geográficos a lo largo de la Historia, lo que tiene su expresión tanto en las manifestaciones culturales y artísticas, como en el desarrollo político, económico y social. Como es normal, el mapa político de Europa conoció grandes alteraciones a lo largo de los diez siglos que comprende la historia medieval, desde el fin del Imperio Romano, cuando el *limes* (frontera) del Rhin y del Danubio separaba a Roma de los pueblos bárbaros, hasta la Europa del siglo XV, cuando el continente aparecía dividido en multitud de reinos y pequeños principados territoriales.

Dentro de Europa hay que distinguir, en primer lugar, un gran bloque constituido por las tierras occidentales, donde sobresalen los reinos de Francia e Inglaterra, con una serie de reinos menores y principados en torno a ellos, como el ducado de Borgoña, el condado de Flandes o el reino de Escocia; la península Ibérica constituiría un espacio estrechamente relacionado con los restantes territorios de la Europa occidental, si bien con matices diferenciadores propios de una región marginal, que deben ser tenidos en cuenta. Otro gran conjunto territorial es el formado por la Alemania imperial y por Italia, cuya historia marchó paralela a lo largo de buena parte de la Edad Media. Y un tercer ámbito es el que comprende el mundo escandinavo y las tierras situadas al este del río Elba con su prolongación en la civilización eslava; para la historiografía alemana de carácter nacional, estas tierras serían una especie de área de expansión de los grandes ducados alemanes que, con frecuencia, actuaron de forma independiente con arreglo a las directrices políticas del Imperio.

Por lo que respecta a **Bizancio y el Islam**, se trata de las referencias más próximas de Europa con Oriente. A la hora de estudiar las civilizaciones bizantina e islámica, el medievalista puede optar por analizarlas como fenómenos históricos en sí mismas o, por el contrario, por hacerlo en

³¹. Santiago MONTERO DÍAZ, *Introducción al estudio de la Edad Media*, pág. 226.

sus relaciones con Occidente. Pese a la falta de coincidencia en los ritmos históricos internos, lo que da lugar a diferentes periodizaciones, lo más acertado parece abordar el estudio de los mundos bizantino e islámico de forma simultánea e interrelacionada con la historia europea; en cualquier caso, es indudable que a medida que avanza la Edad Media, y coincidiendo con la progresiva decadencia bizantina y con el proceso de orientalización del Islam, su peso en el devenir de la historia de Occidente fue cada vez menor.

Bizancio se presenta a los ojos del historiador como una civilización puente entre Oriente y Occidente que, con frecuencia, ha sido considerada como una pervivencia medieval del antiguo Imperio Romano; pero si la continuidad respecto de Roma resulta evidente en determinadas etapas históricas, como en la época de Justiniano (s. VI) o en la dinastía macedónica (s. X), en otros momentos la historia bizantina parece haber seguido derroteros diferentes a los de Occidente.

En la evolución histórica del Imperio bizantino pueden señalarse cinco grandes períodos. El primero, que comprende los siglos V y VI, se corresponde con la etapa de transición de la Antigüedad al Medioevo que se señalaba para la historia de Occidente. Es ésta una etapa de ajuste, en la que se van definiendo de forma paulatina los rasgos del nuevo Estado, y que el profesor Emilio Cabrera ha definido como "época protobizantina"³². Frente a la invasión de la mitad occidental del Imperio por los pueblos germánicos, Bizancio permaneció casi incólume.

Al final de esta etapa, el reinado de Justiniano constituyó un intento de retorno al pasado, en el que se trató de restaurar la unidad política perdida mediante la recuperación de una parte del antiguo Imperio de Occidente. Pero las consecuencias fueron claramente negativas: se vaciaron las arcas imperiales y se agravaron las disensiones religiosas, y como consecuencia de todo ello se extendió el descontento entre la población civil y el ejército, lo que se materializó en la crisis de la segunda mitad del siglo VI, que concluyó con el derrocamiento y muerte violenta de los emperadores Mauricio (602) y Focas (610).

El segundo y el tercero de los períodos de la historia bizantina coinciden con la Alta Edad Media occidental, propiamente dicha. El segundo período viene definido por las dinastías Heráclida e Isáurica, y se extiende a lo largo de los siglos VII, VIII y primera mitad del IX. Se trata de una etapa difícil, que se inicia con la crisis provocada por la ofensiva militar persa que estuvo a punto de provocar la desaparición del Estado bizantino; tras conjurar el peligro persa, Bizancio hubo de enfrentarse a dos grandes enemigos: al Islam, que le arrebató las provincias

³². Emilio CABRERA - Cristina SEGURA, *Historia de la Edad Media. II. Oriente*. Madrid. Alhambra, 1987, pág. 8.

meridionales del Imperio (Siria, Palestina, Egipto, 635-642), y a ávaros, eslavos y búlgaros.

Por lo que respecta a la política interior, este período viene definido por la transformación de la gran propiedad agrícola, que permitió el desarrollo de la pequeña y mediana propiedad y, en consecuencia, la adopción de formas de explotación de la tierra más diversificadas. Asimismo, y por lo que respecta a la administración territorial, se observa una tendencia hacia la progresiva descentralización, que benefició a las aristocracias militares provinciales; en este proceso hay que destacar la aparición de los *themas*, circunscripciones administrativas más pequeñas que las provincias, gobernadas por un *estratega* que reúne en su persona los poderes civil y militar.

Asimismo, durante buena parte del siglo VIII y la primera mitad del siglo IX Bizancio estuvo afectado por la querella iconoclasta (lucha de las imágenes), un grave problema religioso con repercusiones políticas y sociales.

Pese a todas estas dificultades, Bizancio consiguió a lo largo de este período definir su personalidad histórica y ensayar y poner en marcha nuevos esquemas de organización administrativa y de defensa militar que aseguraran su futuro.

El tercer período de la historia bizantina se extiende desde mediados del siglo IX a mediados del siglo XI, coincidiendo con el momento de esplendor de la dinastía Macedónica, que rigió los destinos del Imperio durante casi dos siglos. Durante este período Bizancio recuperó la iniciativa militar en todos los frentes: frente al Islam, limpiando de peligros el Mediterráneo oriental y fijando las fronteras en Siria y la Alta Mesopotamia, y frente a los búlgaros, a los que derrotó definitivamente (batalla celebrada junto al río Estruma, 1014); también puso en marcha en este momento la evangelización de los pueblos eslavos, algunos de los cuales quedaron en la órbita de Bizancio. Por otra parte, conoció un importante crecimiento económico debido, en buena medida, al incremento de la producción y al desarrollo tecnológico. A lo largo del siglo XI, el proceso de desmilitarización del gobierno de los *themas* y la consolidación del poder de las aristocracias provinciales acentuó la tendencia hacia una "feudalización" de la sociedad; el Imperio estaba fragmentado en multitud de territorios poblados por etnias diferentes, y que eran gobernados por grandes aristócratas que actuaban con independencia absoluta respecto del emperador. Las numerosas disidencias religiosas en el seno de la Iglesia ortodoxa bizantina, escindida definitivamente de Roma en 1054 (cisma de Miguel Cerulario), hacía aún mucho más compleja la situación.

El cuarto período se extiende desde mediados del siglo XI hasta mediados del siglo XIII coincidiendo, en buena medida, con la Plena Edad Media europea. Es una etapa de repliegue

frente al avance de los turcos seldyúcidas en Oriente, que sometieron la mayor parte de la península de Anatolia desde el año 1071 (victoria en la batalla de Manzikert sobre los bizantinos), y de los normandos en el sur de la península Itálica, que conquistaron desde mediados del siglo XI. Del mismo modo, desde fines del siglo XI comenzaron a organizarse las Cruzadas (concilio de Clermont, 1095), que permitirían a algunos príncipes y nobles occidentales el dominio de diversos territorios bizantinos, dando lugar a la constitución de reinos y principados independientes de la autoridad imperial. En 1204, y con ocasión de la Cuarta Cruzada, los occidentales se adueñaron de Constantinopla, lo que fue seguido de la descomposición del Imperio en varios estados: el Imperio Latino, gobernado por los occidentales desde Constantinopla, y que pervivió hasta 1261; el Imperio de los Láscaris de Nicea; el Despotado de los Ducas en el Epiro; y el Imperio de los Comneno en Trebisonda. Esta división fue causa de una época caótica, que ya sería la tónica de la historia bizantina hasta la desaparición definitiva del Imperio a mediados del siglo XV.

El quinto y último período se extiende entre mediados del siglo XIII y mediados del siglo XV, y se corresponde, en líneas generales, con la Baja Edad Media europea. El Imperio de Nicea logró restablecer parte de la antigua unidad imperial, mediante la incorporación de una parte de Tracia y Macedonia, el sometimiento vasallático de los déspotas del Epiro y la recuperación de Constantinopla de manos de los latinos; sólo el Imperio de Trebisonda se resistió al control de Nicea, y se mantuvo independiente hasta que en 1461 sucumbió también ante el empuje turco. Pero la dinastía de los Paleólogo (1258-1453) no pudo sino prolongar la lenta agonía bizantina, debiendo hacer frente tanto a los mongoles como a los turcos otomanos, que desde mediados del siglo XIV estaban ya presentes en los Balcanes; los bizantinos debieron ponerse también en guardia frente a las repúblicas italianas, principalmente las de Amalfi, Venecia y Génova. De forma simultánea, y animados por el fenómeno de las Cruzadas, mercaderes italianos, franceses del Midi y catalanes protagonizaron una expansión comercial de Occidente por Oriente, dando lugar a su primera toma de contacto con civilizaciones del Lejano Oriente, hasta entonces extrañas a las europeas.

Surgido en el siglo VII en la península Arábiga, el **Islam** fue a lo largo de la Edad Media mucho más que una realidad geopolítica; fue también una religión y una civilización. La primera etapa en la historia del Islam, la que comprende el período de Mahoma y de los cuatro califas ortodoxos (hasta el 661), constituye una época dorada; en ella no sólo se configuró la religión, el

derecho y las ideas políticas sobre las que se asentó el Islam clásico, sino que también se pusieron las bases para la formación en el futuro inmediato del Imperio islámico.

Entre mediados del siglo VII y mediados del VIII, la dinastía Omeya (661-750) extendió el Islam hacia Occidente por las tierras del Magreb y por la península Ibérica, y hacia Oriente por el Asia central. En estas tierras tuvo lugar un intenso proceso de adaptación cultural, si bien las diferencias étnicas entre árabes y pueblos islámicos no árabes darían lugar en el futuro, en diversas ocasiones, a fuertes divergencias.

En este sentido la revuelta abasí, que en el año 750 puso fin al gobierno de los Omeya, puede entenderse, en cierto modo, como una reacción de pueblos no árabes frente a la discriminatoria política omeya. La nueva dinastía tenía también un importante componente religioso, de forma que adoptó la ortodoxia sunní, y extendió la igualdad de derechos a todos los integrantes de la *Umma*, es decir la comunidad de los creyentes, independientemente de su adscripción tribal. El Califato abasí está considerado como la época dorada del Islam clásico; tuvo su centro político en Bagdad, y conoció una significativa influencia orientalizante. Pero con el tiempo se agudizaron las discrepancias religiosas y étnicas en el seno del Islam, lo que dio lugar a un importante incremento de la inestabilidad política; de este modo en el siglo X, y coincidiendo con el creciente desprestigio de los califas de Bagdad, tuvo lugar la fragmentación política del Califato abasí, surgiendo diversas entidades políticas independientes de la autoridad central, como el Califato fatimí de Egipto o el Califato omeya de Córdoba.

A mediados del siglo XI los turcos seldyúcidas se hicieron con el control de la situación aun cuando, tras su efímero gobierno, retornó la inestabilidad que se prolongó hasta mediados del siglo XIV, a causa tanto del fenómeno de las Cruzadas como de las invasiones de los mongoles; es entonces cuando se constituyó el Imperio Otomano, que protagoniza la última fase del Islam medieval, y que iba a llevar a cabo una enorme expansión que se prolongaría durante los tiempos modernos.

En el marco de la historia del Islam, el caso particular de al-Andalus tiene un gran interés y significación para los medievalistas españoles, por cuanto el Islam andalusí tuvo una extraordinaria importancia en el desarrollo histórico hispano. No en vano, la península Ibérica constituyó uno de los más importantes puntos de encuentro entre el Islam y la Cristiandad en época medieval, lo que tuvo consecuencias trascendentales en los más diversos órdenes económico, social y cultural.

5. La Edad Media hispánica.

Pese a que la península Ibérica presenta a lo largo de la Edad Media una estructura política pluralista, consecuencia directa del proceso reconquistador que dio lugar al nacimiento de las grandes unidades político-territoriales que conforman la nación hispánica -Corona de Castilla, Corona de Aragón, Navarra y Portugal-, es posible adivinar determinados rasgos comunes que justifican una individualización del Medievo hispánico en el conjunto del Medievo Occidental.

Entre los rasgos que permiten una concepción unitaria del Medievo hispánico hay que señalar, en primer lugar, el marco geográfico, ya que, sin caer en determinismos geográficos ya superados, no cabe duda de que tuvo un papel determinante en la expansión y posterior ocupación del territorio por los musulmanes. En segundo lugar, no debe dejarse caer en el olvido la existencia en tiempos medievales de una cierta conciencia de que Hispania constituía una unidad, lo que se expresa de forma inequívoca en algunas crónicas altomedievales y, más tarde, en la literatura popular y culta de los reinos hispanocristianos, en particular desde el siglo XII³³. Incluso desde fuera de la península Ibérica se concebía a los reinos hispanos como una unidad, lo que tiene su más patente expresión en la frecuencia con la que las fuentes bajomedievales europeas se refieren a la "nación española" e identifican a sus pobladores como "hispani". De este modo, la disgregación producida con ocasión de la conquista musulmana no significa la ausencia de una concepción unitaria de la historia medieval de la península Ibérica, de forma que del mismo modo que se habla de una Francia, una Inglaterra o una Italia medievales, puede también hablarse de una España medieval³⁴.

Entre los factores que de una manera más destacada contribuyeron a dotar a la historia del Medievo hispánico de una mayor cohesión interna, y a singularizarla en el conjunto de la historia medieval europea, hay que señalar, sin duda alguna, el fenómeno de la Reconquista y sus consecuencias derivadas, entre las que tiene una singular relevancia el proceso de repoblación consiguiente. De este modo, la recuperación de los territorios hispanos ocupados por el Islam constituye el auténtico eje vertebrador de la Edad Media peninsular, afirmación ésta en la que coinciden más las diversas escuelas historiográficas³⁵. No obstante, no cabe tampoco ninguna

³³. Así lo afirma Miguel Ángel LADERO QUESADA (*España en 1492*. Madrid. Editorial Hernando, 1979, pág. 9), para quien las fuentes historiográficas y literarias de la Edad Media hispánica identifican a la península Ibérica como un ente histórico real, si bien no uniforme.

³⁴. *Ibidem*.

³⁵. Esta tesis, defendida por Claudio Sánchez Albornoz hace ya bastantes decenios, es compartida en la actualidad por la gran mayoría de los medievalistas, españoles y extranjeros. Así, entre otros, José Antonio MARAVALL, *El concepto de España en la Edad Media*. Madrid. Instituto de Estudios Políticos, 1964 (2ª ed.), págs. 249 y ss; Angus MACKAY, *La España de la Edad Media. Desde la Frontera hasta el Imperio (1000-1500)*. Madrid. Cátedra, 1980, pág. 12; Pierre VILAR, *Historia de España*. Barcelona.

duda de que, pese a su singularidad, la historia medieval hispana debe ser encuadrada en el marco más amplio de la historia europea occidental, en la que, como ya antes se afirmaba, se encuentra plenamente integrada, al menos desde comienzos del siglo XI.

Las peculiaridades en el desarrollo histórico de la península Ibérica, a las que se viene haciendo referencia, condicionan la periodificación del Medievo hispano. Desde hace ya unos decenios, y sin duda por influencia de la tesis de Henri Pirenne mencionada en otro lugar, numerosos medievalistas coinciden en fijar el inicio de la Edad Media hispánica en la ocupación musulmana de la península, argumentando para ello el profundo corte que supuso en el proceso histórico hispano³⁶. En esta misma línea, en la mayor parte de las síntesis sobre la Edad Media hispana, el período visigodo es excluido³⁷, o es incorporado como un preámbulo o introducción a la historia medieval, haciendo las veces de epílogo a la Hispania romana³⁸.

En cualquier caso, no hay que perder de vista que la Edad Media hispánica, como la Edad Media europea en su conjunto, es el resultado de la fusión de tres elementos, tradición romana, germanismo y cristianismo, a los que en el caso de la península Ibérica habría que añadir uno más de extraordinaria importancia, el Islam, fundamental para la comprensión de la historia y la civilización hispanas medievales. Por este motivo, parece fuera de toda duda que la etapa visigoda, como depositaria del legado romano germánico, debe ser considerada como una fase de transición entre la Antigüedad y el Medievo y, en todo caso, como necesario preámbulo en toda exposición de conjunto sobre la Edad Media hispana³⁹.

Mayor dificultad tiene determinar el límite final de la Edad Media hispánica. Normalmente se

Crítica, 1979, págs. 26 y ss. Más recientemente, Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, "¿Re-conquista. Un estado de la cuestión", en Eloy Benito Ruano (coordinador), *Tópicos y realidades de la Edad Media (I)*. Madrid. Real Academia de la Historia, 2000, págs. 155-178.

³⁶. Así, Ramón MENÉNDEZ PIDAL afirma en *La España del Cid* (Madrid. Espasa Calpe, 1947) que en el período comprendido entre los siglos IV al VII Hispania pertenecía aún al mundo de la "Romania". En 1948 Américo Castro manifestaba en su ensayo *España en su historia* que la "España actual" tenía su origen en el siglo VIII. Asimismo, Luis GARCÍA DE VALDEAVELLANO enmarca la historia medieval española entre la invasión musulmana de la península Ibérica y el advenimiento de los Reyes Católicos (*Historia de España*. Vol. I: *De los orígenes a la Baja Edad Media*. Madrid. Revista de Occidente, 1952).

³⁷. Así en la síntesis de A. UBIETO - J. REGLÁ - J.Mª JOVER, *Introducción a la Historia de España*. Barcelona. Teide, 1963, en la que el profesor Ubieta Arteta excluye el reino visigodo de los tiempos medievales, considerando que éstos se iniciarían realmente con la llegada de los musulmanes a la península (pág. 62); en las obras de Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Historia de España. Edad Media*. Madrid. Gredos, 1970, y de Manuel RIU RIU, *Manual de Historia de España. 2. Edad Media (711-1500)*. Madrid. Espasa Calpe, 1989.

³⁸. En su *Aproximación a la Historia de España* (Barcelona. Vicéns Vives, 1968, 5ª ed.), Jaime Vicéns Vives denomina al período visigodo el "epigonismo visigodo", considerando que el estado visigodo tan sólo había constituido una superestructura de poder, más romanizada que germanizada. En parecida línea se sitúan las síntesis de José Ángel GARCÍA DE CORTÁZAR Y RUIZ DE AGUIRRE, *La época medieval*. Madrid. Alianza Editorial, 1974 (2ª ed.); Emilio MITRE FERNÁNDEZ, *La España Medieval. Sociedades. Estados. Culturas*. Madrid. Istmo, 1979; y José-Luis MARTÍN, *La península en la Edad Media*. Barcelona. Teide, 1976.

³⁹. F. UDINA MARTORELL titula la primera parte de su *Historia de España* (Barcelona. Enciclopedia de Gassó Hermanos, 1962),

ha establecido el término *ad quem* del Medievo español en el comienzo del reinado de los Reyes Católicos (1474), considerando que con estos monarcas se inicia una nueva era en la historia hispana⁴⁰, o en el año 1492, fecha de especial significación en el proceso histórico español por la ocupación del último reducto musulmán en la península y por el descubrimiento del Nuevo Mundo. Quizá lo más acertado sea considerar el reinado de los Reyes Católicos como la culminación de los tiempos medievales y el anticipo de la Modernidad, es decir una etapa de transición entre una y otra edades, en la que se yuxtaponen rasgos medievales y modernos y en la que, por tanto, confluyen los intereses de medievalistas y modernistas.

En cuanto a la periodización interna, lo más acertado es aplicar a la Edad Media hispánica criterios idénticos a los de la historia europea en su conjunto, en cuyo marco se inscribe plenamente⁴¹; de este modo, se estructuraría en tres grandes períodos. El primero de ellos, que se corresponde con la Alta Edad Media europea, se subdividiría, a su vez, en dos etapas diferenciadas: una etapa de transición de la Antigüedad al Medievo, coincidiendo con el dominio visigodo (siglos V al VII), y una etapa de Alta Edad Media, propiamente dicha, que se extendería desde la conquista de la península por los musulmanes, a principios del siglo VIII (711), hasta la caída del Califato de Córdoba, a principios del segundo tercio del siglo XI (1035). Frente al dominio hegemónico musulmán, los incipientes núcleos de resistencia del norte peninsular se consolidaron paulatinamente como reinos y condados.

El segundo período corresponde a la Plena Edad Media europea (siglos XI al XIII). Coincidiendo con una expansión general de la civilización europea occidental, los reinos hispanocristianos iniciaron un avance impetuoso hacia el sur de la península, que coincide cronológicamente con otras líneas de expansión de la Cristiandad (Cruzadas; *Drang nach Osten* o Marcha alemana hacia el Este), que les permitió la ocupación territorial de la mayor parte de la España musulmana, con excepción del reino nazarí de Granada. La Corona de Aragón, que completó la empresa reconquistadora con la ocupación de Mallorca e Ibiza (1229-1235) y del reino de Valencia (1238-1245), volcó sus energías en una empresa de expansión política y mercantil en el Mediterráneo. Es también en este período cuando se produce la apertura de los reinos peninsulares a las influencias político-institucionales y culturales ultrapirenaicas, y cuando

de manera harto significativa, como "Entre dos edades: la Antigua y la Media (siglos IV al VIII)".

⁴⁰. Luis GARCÍA DE VALDEAVELLANO en su *Historia de España. I: De los orígenes a la Baja Edad Media* manifiesta su intención de proseguir esta síntesis con una sexta parte, que abarcaría desde el fortalecimiento de los reinos cristianos tras la batalla de Las Navas de Tolosa hasta el inicio del reinado de los Reyes Católicos, ya que este reinado es "en muchos aspectos más moderno que medieval por el carácter renacentista que lo informa" (vol. I, pág. 20).

⁴¹. En su obra *La España del Cid* (Madrid. Espasa Calpe, 1965.), Ramón Menéndez Pidal afirma que "es preciso comprender la

pueden observarse en la península los primeros síntomas del renacimiento de las ciudades y de la reactivación de la vida económica, así como de un incipiente cambio social.

El tercer período se corresponde con la Baja Edad Media europea (siglos XIV y XV). En él los reinos hispánicos conocieron también la crisis común a todo el Occidente bajomedieval; junto al agotamiento del ideal de Reconquista, una profunda crisis de todo orden (demográfico, económico, social) se apoderó de los reinos hispánicos por espacio de siglo y medio, siendo la característica más sobresaliente de esta etapa el enfrentamiento entre una monarquía debilitada y una nobleza en auge. Por este motivo, es habitual que las más modernas exposiciones de conjunto sobre la Edad Media hispánica analicen las dos últimas centurias en el marco de la crisis europea bajomedieval. La recuperación que se inicia a mediados del siglo XV deja entrever, como en el resto de la Europa occidental, el inicio de una etapa de tránsito hacia la Modernidad. En último término, el legado de la Edad Media tiene su reflejo en múltiples rasgos de la Modernidad española: así, la expansión española del siglo XVI en Europa y en el norte de África no puede explicarse sin tener en cuenta la perduración de la tensión bélica a que dio lugar la empresa reconquistadora; desde un punto de vista institucional, no cabe ninguna duda acerca de la perduración de los modelos de la España de los siglos XIV y XV en la América hispana; y, por último, los problemas de índole social y religiosa que surgen en la España de la Baja Edad Media en relación con judíos y mudéjares tuvieron su continuidad en época Moderna en los "problemas" converso y morisco⁴².

España antigua no tangente, sino inscrita en el círculo histórico occidental, dentro del cual ella vive" (vol. I, pág. 53).

⁴². Es muy clarificador sobre este particular el libro de Eloy BENITO RUANO, *Los orígenes del problema converso*. Barcelona. El Albir, 1976. Asimismo, algunas sugerencias y datos de interés acerca de la continuidad del problema judío en la España de los tiempos modernos pueden encontrarse en la obra de Julio CARO BAROJA, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*. Madrid. Istmo, 1978, 3 vols.